

# Las milicias de Ayacucho como agentes de reconstrucción y transformación social en la guerra civil del Perú (1980-2000)

## *The Ayacucho militias as agents of reconstruction and social transformation in the Peruvian civil war (1980-2000)*

Mario A. Fumerton<sup>1</sup>

### RESUMEN

Esta contribución examina por qué y cómo surgieron las milicias civiles durante la guerra civil en el Perú, llámeseles rondas, comités de autodefensa (CAD) o defensa civil antisubversiva (DECAS). Se trata de explicar cómo evolucionaron y actuaron con otros actores políticos y sociales en diversos niveles de la sociedad durante el transcurso de esta guerra y cómo afectaron la dinámica de la vida cotidiana durante y después del período de conflicto político. La mayoría de los estudios sobre el tema han destacado el aspecto negativo de las milicias por los excesos que perpetraron y se ha prestado poca atención al rol decisivo que jugaron, bajo la dirección de las Fuerzas Armadas, en la derrota de Sendero Luminoso. En este texto se destaca el rol de las milicias como agentes de reconstrucción social y de transformaciones positivas en las zonas andinas del país, en particular en Ayacucho.

33

---

1 Profesor adjunto en el Departamento de Historia y Relaciones Internacionales de la Universidad de Utrecht, Países Bajos.

*E-mail:* m.a.fumerton@uu.nl

*Palabras clave:* milicias civiles, guerra civil, insurgencia, contrainsurgencia, violencia política, Ayacucho, Perú, siglo XX

ABSTRACT

This contribution examines why and how civilian militias, called *rondas*, self-defense committees (CAD) or anti-subversive civil defense (DECAS), emerged during the civil war in Peru. It seeks to explain how they evolved and interacted with other political and social actors at various levels of society during this war; and how they affected the dynamics of daily life during and after the period of political conflict. Most studies on the subject have emphasized the negative aspect of the militias for the excesses they perpetrated, and little attention has been paid to the decisive role they played in the defeat of the Shining Path, under the supervision of the Armed Forces. This text highlights the role of the militias as agents of social reconstruction and positive transformations in the Andean areas of the country, particularly in Ayacucho.

*Keywords:* civilian militias, civil war, insurgency, counterinsurgency, political violence, Ayacucho, Peru, 20th century

\* \* \*

Esta contribución se orienta a mejorar nuestra comprensión de las iniciativas civiles de defensa de las aldeas o pueblos como factores endógenos al proceso de las guerras civiles a partir del caso de los comités de autodefensa del departamento de Ayacucho del Perú<sup>2</sup> (figura 1). Se verá que las Fuer-

---

2 [Este texto es una versión castellana centrada sobre el caso peruano de una conferencia realizada en 2012 en la Universidad de Yale por Mario Fumerton y Klaas J. Castelein sobre las milicias en el Perú y en Uganda.

zas Armadas no fueron decisivas para debilitar gravemente, expulsar o derrotar a las organizaciones subversivas insurgentes<sup>3</sup>, sino más bien las milicias rurales. Casos similares han sido observados en Guatemala (Fumerton y Remijnse, 2004), en Uganda (Fumerton y Klaas Castelein, 2012) y en Afganistán (Fumerton y Quinn, 2011).

Los estudios actuales sobre guerras civiles tienden a centrarse en la contienda entre un Estado y sus adversarios insurgentes, y la bibliografía sobre la guerra civil en Perú y países como Uganda no es una excepción. En comparación, la cuestión de por qué y cómo los civiles se tornan violentamente contra sediciosos insurgentes ha recibido mucha menos atención académica. Esto plantea una serie de cuestiones importantes para los estudiosos dedicados a entender cómo la dinámica de la violencia política repercute en las poblaciones civiles “en la medida en que las funciones de seguridad y policía son asumidas por ciudadanos individuales ... [y] grupos comunitarios o identitarios” (Davis, 2009, p. 223). Así ¿cómo fue posible que la población rural organizara y movilizara una respuesta eficaz de defensa de las aldeas contra grupos insurgentes tan formidables y brutales como Sendero Luminoso en el Perú?, ¿cuáles fueron las versátiles pautas de alianza y

---

Inédita. *Conference on Paramilitaries, Militias, and Civil Defense Forces in Civil Wars*. New Haven, Estados Unidos. NDE].

3 No existe una definición única y universalmente aceptada de *insurgencia*. En este texto, utilizo la definición que se presenta en el Manual de Campo del Ejército de los Estados Unidos (United States Army, 2007, p. 1): “[un] movimiento organizado dirigido al derrocamiento de un gobierno constituido mediante el uso de la subversión y el conflicto armado ... una insurgencia es una lucha política-militar organizada y prolongada diseñada para debilitar el control y la legitimidad de un gobierno establecido, una potencia ocupante u otra autoridad política mientras aumenta el control insurgente”.

enemistad entre las comunidades locales, las milicias, la organización subversiva y el Estado?, y ¿cómo han afectado los cambios en la configuración de las relaciones a la suerte política de los principales protagonistas de la guerra civil: el Estado y el grupo subversivo?



Figura 1. Mapa del departamento de Ayacucho y sus provincias. © Mario A. Fumerton.

La importancia de este hecho va más allá de su valor contrainsurgente<sup>4</sup>. Las milicias civiles son también productos y agentes de procesos endógenos violentos y no violentos que tuvieron lugar en el contexto de una guerra civil, a la que Kalyvas define como “combate armado dentro de los límites de una entidad soberana reconocida entre partes sometidas a una autoridad común al comienzo de las hostilidades” (Kalyvas, 2006, p. 5).

La materia de este artículo concierne a la evolución de los comités de autodefensa de Ayacucho. Creados inicialmente para desempeñar una función de seguridad antisubversiva estrictamente definida, ¿cómo y por qué los comités fueron ampliando gradualmente sus funciones hasta abarcar responsabilidades de gobernanza para el bienestar colectivo de sus comunidades, e incluso llegaron a facilitar la reconciliación entre sus bases y la reintegración de los antiguos senderistas? Este cambio resulta especialmente intrigante en el contexto de la transición de la guerra civil a la sociedad posterior a la violencia. ¿Cómo navegaron estos comités de autodefensa por esta transformación y consiguieron así evitar degenerar en las milicias depredadoras y destructivas sobre las que advierte gran parte de la literatura académica?

El debate en torno de las milicias suele ser acalorado y extremadamente controvertido. Se suele argumentar que las milicias cometen (o al menos son muy propensas a cometer)

---

4 Considero la *contrainsurgencia* como una prolongada lucha político-militar para negar al actor insurgente la oportunidad de establecer el control sobre la población de un territorio, y, al hacerlo, evitar o reducir al mínimo la erosión de la capacidad del titular de ejercer una gobernanza legítima. Para una discusión sobre la lógica estratégica de la milicia en la contrainsurgencia, cf. Jones (2012).

abusos contra los derechos humanos (Johnson y Wittels, 2023; Jentzsch et al., 2015; Mitchell et al., 2014; Barter, 2013; Americas Watch 1992; Human Rights Watch, 2007a, 2007b; Human Rights Watch, 2011; Gourevitch, 1988). Algunos críticos llegan a sugerir que perpetrar actos de violencia extrema forma parte del proceso evolutivo propio de las milicias “tanto si las milicias son creadas por el gobierno como si no lo fueran, los gobiernos acaban por no controlarlas porque las milicias desarrollan vidas propias, asumiendo los instintos depredadores de la sociedad y el gobierno” (Francis, 2005b, p. 4)<sup>5</sup>. Además, se argumenta que las milicias, al igual que los escuadrones de la muerte, pueden servir como “subcontratistas” al servicio del terror estatal: “Esta subcontratación permite a las autoridades estatales ‘legítimas’ (y a los poderosos actores privados) evitar la asociación con las atrocidades cometidas en su nombre” (Jones, 2004, p. 133)<sup>6</sup>.

Otra crítica que se hace a las milicias es que socavan el monopolio estatal de la fuerza legítima y, al hacerlo, debilitan aún más la autoridad estatal (Aliyev, 2016; Carey et al., 2013; Mandel, 2001; Schneckler, 2007; Francis, 2005b). La premisa subyacente de esta crítica, que es la del ideal del Estado weberiano, es cuestionada por estudiosos como Francis que sostienen “que la mayoría de estos Estados débiles nunca tuvieron la capacidad de ejercer la soberanía nacional en primer lugar” (2005b, p. 20). Por lo tanto, recurrir al uso de milicias civiles en Estados devastados por la guerra es, según el mismo Francis “utilizar combustible para apagar un incendio” (2005b, p.19). De hecho, según Yoroms (2005), la lectura más acertada del “auge de las milicias es [que] es

5 Cf. Stanton (2015) y Koos (2014).

6 Cf. Warren (2000).

una indicación del fracaso del Estado a la hora de abordar las cuestiones fundamentales de las seguridades humanas y comunitarias, para cuya solución *ab initio* se estableció el Estado” (p. 31).

Por último, a menudo se argumenta que las milicias son poco fiables e impredecibles y, por tanto, “constituyen una amenaza a largo plazo para la ley y el orden” (United States Army, 2007, p. 20; Mueller 2004, p. 1; Jones, 2012, pp. 4-11).

Ciertamente, no debemos pasar por alto tales críticas válidas, que se presentan habitualmente en la bibliografía general sobre este tipo concreto de actor armado no estatal. No obstante, mis trabajos de campo en el Perú entre 1997 y el 2000 y las comparaciones que se han hecho con los casos de Guatemala (Fumerton y Remijnse, 2004), Uganda (Fumerton y Castelein, 2012), y Afganistán (Fumerton y Quinn, 2011) demuestran que las milicias no son meros peones del Estado, sino que también ejercen su influencia en la dinámica de la escalada y la reducción de la violencia en las guerras civiles.

Las similitudes y diferencias entre estos casos de milicias aparentemente dispares se entienden mejor al examinarlas como procesos relacionales dinámicos y diacrónicos. En cada caso, las relaciones, interacciones y perspectivas que se llevaron a cabo entre las comunidades locales, las milicias, los rebeldes y las fuerzas militares del Estado experimentaron patrones variables de alianza y enemistad en los años que duraron sus respectivas guerras civiles. Estos cambios relacionales tuvieron efectos significativos no solo en la dinámica de la violencia (o en su contención), sino también en la dinámica de poder entre estos actores.

Si comparamos los casos de los comités de autodefensa local de Ayacucho y las insurrecciones contra los talibanes de las zonas rurales de Afganistán, veremos que los altos niveles de victimización de la población civil rural por parte de los rebeldes sirvieron como catalizador importante para provocar movilizaciones espontáneas de las milicias locales (Jones, 2012)<sup>7</sup>. Pero esto fue posible solamente cuando la población local estaba dispuesta a aceptar el riesgo de resistirse violentamente y en circunstancias en las que el control de la zona por parte de los combatientes rebeldes aún no era omnipresente y absoluto. Esta última circunstancia proporcionaba a la comunidad local el espacio o la posibilidad de movilizarse y organizar su propio grupo de autodefensa. En los casos de las autodefensas de Ayacucho y de las insurrecciones contra los talibanes se constata que fueron principalmente las comunidades rurales, ya con experiencia histórica previa en la defensa de amenazas externas, las primeras en movilizar grupos de autodefensa por iniciativa propia.

Por otro lado, en el contexto de las guerras civiles contemporáneas, no se puede negar la importancia del papel desempeñado por el Estado en la formación y el mantenimiento de las milicias. Aunque los primeros grupos de autodefensa que surgieron en Ayacucho fueron movilizadas espontáneamente por las propias comunidades rurales, muchas de las

---

7 [Los talibanes de Afganistán —del árabe *talib*, ‘estudiantes islámicos’; *taliban*, ‘dos estudiantes’— son una organización política, religiosa y militar de fundamentalistas islamistas que controló una parte del país entre 1996 y 2001. Eran aliados de Al-Qaeda. La OTAN y los Estados Unidos intervinieron militarmente contra los talibanes de Afganistán entre 2001 y 2020, pero la empresa fracasó y decidieron partir en mayo de 2021. Desde entonces, los talibanes controlan todo el país e imponen un régimen totalitario y ultrarreligioso a la población. NDE].

autodefensas que surgieron más tarde lo hicieron bajo la instigación —a veces coercitiva— de las fuerzas militares gubernamentales. Fueron también los militares quienes obligaron a las comunidades locales a integrar la gran mayoría de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) de Guatemala (Fumerton y Remijnse, 2004).

En contraste, hay pocas pruebas de que la República Islámica de Afganistán o las Fuerzas de Asistencia y Seguridad (ISAF) de la OTAN, en el teatro de operaciones, coaccionaran a las comunidades locales para establecer las milicias rurales denominadas *Afghan Local Police* (Jones, 2012; cf. Human Rights Watch, 2011). Del mismo modo, es poco probable que el gobierno de Uganda haya obligado a la población de la subregión de Teso a crear las milicias locales conocidas como *Arrow Group*. No obstante, en los cuatro casos, el apoyo estatal a estas milicias de autodefensa fue crucial para sostenerlas, desde el punto de vista moral, logístico e incluso legal. Con el tiempo, las relaciones entre las fuerzas militares del gobierno y la población civil se pueden transformar en una dirección que resulta positiva para ambas partes; por ejemplo, cuando las acciones antirrebeldes de las milicias se consideran como una muestra de lealtad al gobierno por parte de una población que antes resultaba sospechosa de simpatizar con los insurgentes.

---

42

Por supuesto, esto puede ser un arma de doble filo. No obstante, gran parte de la opinión escéptica sobre las milicias crea una comprensión desequilibrada del fenómeno. Cuando ello ocurre, se hace hincapié en la naturaleza “destruktiva” de los grupos de autodefensa, mientras que sus efectos socialmente “constitutivos” y “constructivos” pasan desapercibidos o no se les explica. Por lo tanto, no es extraño que se

enfaticen las acusaciones contra algunos de los comandantes y las fuerzas civiles de autodefensa por haber cometido atrocidades en el Perú y se ignore mayoritariamente que algunos de los comités de autodefensa establecieron las bases de una reconciliación local y se convirtieron en plataformas para reivindicar la ciudadanía política (Fumerton, 2023).

En Uganda, algunos líderes de opinión predijeron que el surgimiento de una milicia solo serviría para deteriorar la situación de seguridad del país, y, sin embargo, cuando comenzó a operar *Arrow Group* contribuyó de forma significativa a restablecer la estabilidad en la región de Teso, al este del país, y sus miembros fueron ampliamente aclamados como “salvadores” por la población local (Lomo y Hovil, 2004, p. 55). Esta dimensión de las milicias como agentes de reconstrucción social y de transformaciones positivas requiere de una aproximación etnográfica en el Perú y ha sido poco investigada (Theidon, 2006; Fumerton, 2023).

Las limitaciones de espacio no me permiten hacer un repaso detallado de la historia general de la guerra civil en Perú y establecer comparaciones con los casos de Uganda y Afganistán, entre otros de milicias a nivel mundial (en Guatemala, Colombia, Ruanda, etc.). Los análisis generales sobre el caso peruano pueden encontrarse en Palmer (1992), Degregori (1996a, 1996b, 1990), Gorriti (1999), Stern (1998) y Starn (1995a, 1995b, 1999), entre otros<sup>8</sup>.

En esta contribución quisiera examinar el caso peruano, a partir de los datos recogidos entre 1997 y 2000, para describir

---

8 [Véase también Mariella Villasante, 2024 [en prensa], *La violencia política en el Perú, 1980-2000*, cap. 6. NDE].

y explicar por qué y cómo surgieron estas milicias, cómo evolucionaron e interactuaron con otros actores políticos y sociales en diversos niveles de la sociedad peruana durante la guerra civil, cómo afectaron a la dinámica de la vida cotidiana durante y después de un período de conflicto político, y si el funcionamiento de una milicia tuvo o no un impacto en el aumento de la violencia política luego de terminada la guerra civil. En pocas palabras, se trata de identificar y destacar el rol de las milicias como agentes de reconstrucción social y transformaciones positivas.

## 1. Conceptualización de *milicia*

No existe consenso sobre una definición de *milicia*. Esto se debe, sin duda, a que el término se ha aplicado a una gran variedad de grupos armados no estatales a través de los años: desde *Interahamwe*, la milicia extremista hutu en Ruanda, hasta las Autodefensas Unidas de Colombia; y desde los Hijos de Irak hasta los proindonesios *Aitarak* de Timor Oriental<sup>9</sup>. También porque se le usa para hacer referencia a muchos tipos semejantes de actores armados civiles, privados o afiliados al Estado “con nombres tan diversos como paramilitares, milicias, escuadrones de la muerte y guardias domésticos, civiles o de aldea” (Kalyvas, 2006, p. 107)<sup>10</sup>.

---

9 Sobre la diversidad de las milicias, cf. Munene, 2005; Jones, 2012; Gourevitch, 1998; Wilson, 2006; Human Rights Watch, 2011; Francis, 2005a; Mahon, 1983; Thorning, 2005.

10 Spencer, 2001; Gortzak, 2009; Jones, 2004; 2009; Jones y Muñoz, 2010; Krause y Milliken, 2009; Cassidy, 2006; Mazzei, 2009; Johnson y Witelts, 2023.

Precisamente, porque las milicias son contingentes y endógenas a las condiciones y dinámicas particulares de la guerra civil en la que surgen, resulta tan difícil definir el concepto fuera de un contexto específico. Así, algunas milicias están estrechamente reguladas por las fuerzas armadas y responden ante ellas, mientras que otras se convierten en protagonistas independientes por derecho propio. Además, algunas surgen en los denominados Estados frágiles, fallidos o fracasados, mientras que otras surgen en Estados semidemocráticos de gran capacidad organizativa. Y algunas se forman con el propósito de defender aldeas locales, mientras que otras se crean para ser ejércitos privados de señores de la guerra o el brazo armado de partidos políticos. Por último, dado que la guerra civil es un proceso diacrónico, la naturaleza y el comportamiento de cualquier milicia concreta también puede cambiar con el tiempo.

En esta contribución, considero que la definición de milicia que mejor se ajusta a los datos empíricos que he recogido en Ayacucho (Fumerton 2001 y 2002) es la que reelaboré junto con K. Castelein (2012), a partir de la siguiente formulación original de S. Jones:

Una milicia es una [fuerza armada organizada, irregular, afiliada al Estado y procedente de la población civil] que desempeña funciones de seguridad y gobernanza dentro de un Estado. El objetivo principal de una milicia es el control de la población, especialmente el establecimiento de un gobierno local en un territorio determinado. (2012, p. 4)

---

45

Las milicias —al menos las que no están alineadas con actores antiestatales— pueden considerarse una forma de paramilitarismo en el sentido en que, como sugiere Adam Jones, “las fuerzas paramilitares pueden definirse por su servicio a

los intereses militares” (2004, p. 131). Es importante señalar que el “servicio a los intereses militares” puede significar simplemente que están acuerdo con los intereses militares en la función que desempeñan. Del mismo modo, reconocerse pro-Estado no significa automáticamente que la dirección o los miembros de una milicia vean como su misión principal “alcanzar los objetivos policiales o militares necesarios para establecer la hegemonía del Estado” (Davis, 2009, p. 223). Tampoco significa que la milicia esté orientada o movida principalmente por los principios y las lealtades afectivas más elevadas como el patriotismo. De acuerdo con Jentzsch, Kalyvas y Schubiger (2015, p. 756), las milicias “no requieren un vínculo reconocible con el Estado”, y pueden “cambiar sus lealtades o seguir sus propios intereses, que podrían ser [muy bien] los contrarios a los del Estado. El asunto crítico”, afirman, “es su dimensión antisubversiva”.

En su mayor parte, el miliciano medio está ante todo interesado en defender su vida, la de su familia, su propiedad y su pueblo. Cuando surge una conciencia superior de la misión de la milicia, suele manifestarse como una expresión discursiva construida estratégicamente y madurada sentimentalmente en el transcurso de la lucha en una guerra civil (o externa), y a menudo en relación con la política de identidad, el poder y la realización de reivindicaciones.

---

46

Como he notado anteriormente, a veces se critica con razón a las milicias por los abusos que cometen contra otros miembros de la población civil. ¿Nos lleva esto a concluir que las milicias son un tipo de escuadrón de la muerte? Para Campbell, los escuadrones de la muerte son:

organizaciones clandestinas y normalmente irregulares, a menudo de naturaleza paramilitar, que llevan a cabo

ejecuciones extrajudiciales y otros actos violentos (torturas, violaciones, incendios provocados, bombardeos, etc.) contra individuos o grupos de personas claramente definidos. (2000, p. 2)

Sluka los describe de forma similar (2000, p. 141). Sin embargo, si tienen una cualidad distintiva, según Campbell, es que “el asesinato es su actividad principal o incluso la única”. En otras palabras, el asesinato y las atrocidades violentas son la actividad principal de los escuadrones de la muerte. Por supuesto, en el transcurso de un conflicto armado los grupos pueden cambiar y convertirse en organizaciones distintas de las que eran al principio. Así, como los grupos terroristas se convierten en organizaciones insurgentes y viceversa<sup>11</sup>, también es factible que las milicias se transformen en organizaciones únicamente enfocadas en asesinar (Mitchell et al., 2014; Koren, 2017). No obstante, las pruebas sugieren que, en Ayacucho, estas milicias nunca estuvieron cerca de convertirse en escuadrones de la muerte, aunque algunos de sus jefes y miembros fueran denunciados por abusos y atrocidades.

## **2. Historia de la guerra civil peruana: Configuraciones de relaciones de violencia en el departamento de Ayacucho**

---

47

Los comités campesinos de autodefensa de Ayacucho (CAD) surgieron en el contexto de una de las guerras civiles más

---

11 Sobre la discusión teórica de cómo un grupo puede pasar de una estrategia de terrorismo a una estrategia de insurrección y las transformaciones organizativas y relacionales que ello implica, cf. Duyvesteyn y Fumerton, 2010.

sangrientas de América Latina. Recordemos que la Comisión de la Verdad y Reconciliación (en adelante CVR) estimó que durante este conflicto mortífero fallecieron más de 69 000 personas.

En 2000, se había convertido en algo habitual que el gobierno mantuviera la mayor parte del territorio peruano bajo estado de emergencia (CVR, 2003, vol. 2, pp. 288-304). La aplicación tan prolongada de medidas excepcionales solo era una prueba de que estas no resultaban efectivas para dejar atrás la violencia y pacificar el país. Ante la ineffectividad de medidas de orden policial y militar, las comunidades, especialmente las rurales, optaron por defenderse ellas mismas. Como veremos más adelante, algunos de estos comités de autodefensa eran orgánicos, en el sentido de que fueron los propios campesinos quienes los formaron espontáneamente; pero en muchas otras partes del departamento de Ayacucho, fueron los militares quienes instigaron su creación.

El 17 de mayo de 1980, una organización insurgente de inspiración maoísta llamada Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL) lanzó una “guerra popular” bajo la dirección de Abimael Guzmán Reinoso en el departamento de Ayacucho. Aunque decía hacer la revolución en nombre del campesinado, el PCP-SL no nació en el campo sino en la ciudad de Ayacucho, en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (UNSCH). Fue una fuerza importante e influyente en la UNSCH, especialmente en el Departamento de Educación. Muchos de sus primeros reclutas y cuadros eran profesores y estudiantes vinculados a la universidad. Estos hijos e hijas de campesinos, urbanizados y bien educados, se convirtieron en el principal vínculo entre el campesinado ayacuchano y el PCP-SL.

La retórica de Sendero Luminoso, que afirmaba que estaba librando una “guerra de guerrillas” por la justicia social, en nombre de los campesinos pobres y el proletariado urbano, resonó ampliamente entre estos sectores de la población (CVR, 2003, vol. 4, p. 47). Fue una prédica que atrajo rápidamente a un número considerable de simpatizantes y militantes (Gorriti, 1999; Degregori, 1996b, 1990; Starn, 1995a; McClintock, 1984). En los tres primeros años de su revolución, el PCP-SL consiguió establecer diversas modalidades de presencia en todos los rincones del departamento, incluso en los remotos pueblos serranos de Iquicha, una comunidad campesina ayacuchana que luego estuvo entre las primeras en rebelarse violentamente contra Sendero Luminoso.

Al principio de su “guerra popular”, el PCP-SL trató de ganarse la simpatía y la colaboración del campesinado y de los pobres de las ciudades. Castigaba con sanciones públicas y ejecuciones a quienes eran los malhechores arquetípicos de la sociedad andina: ladrones, cuatreros, policías abusivos, élites político-económicas explotadoras, entre otros (Berg, 1992). También prometieron redistribuir la tierra y la propiedad y “matar a los ricos”. Los intentos torpes y de mano dura de la policía para reprimir las acciones de Sendero Luminoso fueron, en gran medida, ineficaces, y no hicieron sino reforzar la opinión generalizada de que los policías eran abusivos con los civiles. Los ataques a las comisarías se intensificaron entre 1980 y 1982, y obligaron a la policía a abandonar la mayoría de sus puestos de avanzada en las zonas rurales de Ayacucho. Esto “generó un vacío de poder en el campo y dejó así un terreno propicio para convertir a las comunidades de esta zona en bases de apoyo [de Sendero]”. (CVR, 2003, vol. 4, p. 47).

En la segunda mitad de 1982, el PCP-SL inició la siguiente fase de su guerra insurgente, la que requería que los campesinos rompieran sus lazos con la economía de mercado y que sus militantes empezaran a borrar todo rastro de la autoridad política del Estado en el campo. En ese momento ocurren las primeras rupturas de relaciones entre PCP-SL y el campesinado. En su intento de transfigurar la realidad andina en la utopía comunista prevista por sus líderes, los senderistas se entregaron cada vez más a la violencia. Intentaron prohibir los mercados rurales e impedir que los campesinos se desplazaran a los centros urbanos para comerciar (Degregori, 1987; 1992). Buscaron colectivizar por la fuerza los rebaños de ganado, las cosechas y las parcelas de tierra, incluso las que pertenecían a los pequeños propietarios campesinos (Fumerton, 2001). Y comenzaron a celebrar “tribunales populares” y a ejecutar públicamente a los llamados “enemigos del pueblo”, es decir, a cualquiera que acusaran de espíarlos y delatarlos con la policía (González, 1984).

Lo más provocador de todo fue su campaña sistemática de asesinatos de funcionarios públicos locales y líderes comunitarios y su propósito de sustituirlos por sus propios comisarios (Coronel, 1996, p. 47; CVR, 2003). Como era de esperar, esta práctica provocó un enorme resentimiento contra el PCP-SL, particularmente entre los familiares de sus víctimas (Coronel, 1996, p. 47; Degregori y López Ricci, 1995, p. 332). Además, la sustitución de las autoridades políticas amenazó también la continuidad de las prácticas políticas tradicionales: creaba una inversión abrupta de las relaciones de poder. De un lado estuvieron los ancianos de las comunidades campesinas, que eran sus líderes tradicionales, y del otro los jóvenes militantes senderistas, los que debían desplazar a los viejos y convertirse en los supervisores políticos

de un nuevo orden (CVR, 2003, vol. 2, p. 47). Mientras Sendero Luminoso recurría con mayor frecuencia a la coerción violenta para obligar a la población a acatar sus órdenes, toda la simpatía y de legitimidad que habían logrado desde que comenzaron sus operaciones desaparecía. Aunque la intimidación le funcionó para mantener a raya a algunos campesinos, otros convinieron en que habían tenido ya suficiente y decidieron tomar medidas para defenderse (Degregori, 1996a; CVR, 2003, vol. 2, pp. 288-292).

La decisión de algunas comunidades campesinas de tomar las armas contra Sendero Luminoso no fue inevitable. De hecho, muchas comunidades rurales de Ayacucho respondieron a Sendero Luminoso de maneras distintas e incluso opuestas a la rebelión que suponía la formación de grupos de defensa (Isbell, 1988; 1992). Algunas comunidades buscaron sobrevivir acatando las demandas senderistas. “Por miedo”, según muchos campesinos con los que hablé.

En otros lugares, miles de personas huyeron del campo y se trasladaron a pueblos y ciudades más grandes y presumiblemente más seguras (Coronel, 1995). El fenómeno de los grupos de autodefensa rural en Ayacucho es, por lo tanto, mejor visto como el extremo de un largo continuo de respuestas violentas y no violentas a la escalada de violencia que Sendero Luminoso estaba dirigiendo contra el campesinado (Coronel y Loayza, 1992).

Muchos de los militantes y simpatizantes del PCP-SL procedían de comunidades y familias rurales que tenían rivalidades y conflictos con otras familias y otras comunidades. Como era de esperar, la violencia política a gran escala se entrelazó con los conflictos locales en los que sus militantes, sus

familiares o sus amigos estaban personalmente implicados. En el proceso, los conflictos locales privados se impregnaron de nuevas oportunidades para la escalada del conflicto y su resolución letal (CVR, 2003, vol. 4, p. 47). Por estas razones, sería un error considerar a los campesinos como meras víctimas de la violencia política. Más bien, en el transcurso de la guerra también intentaron manipular la violencia política con fines privados, para saldar viejas venganzas; a medida que el PCP-SL intensificaba su campaña de moralización, las ejecuciones y los castigos se hicieron más frecuentes.

Con el tiempo, todos los campesinos llegaron a correr el riesgo de ser denunciados, y pronto se dieron cuenta de que no tenían que temer tanto al PCP-SL como a lo que sus vecinos pudieran decir al partido o a la policía (CVR, 2003, vol. 4, p. 48). La denuncia a uno u otro actor armado se convirtió así para los campesinos en un mecanismo oportunista para saldar viejas cuentas. Las venganzas y rivalidades privadas, las prolongadas disputas por la tierra, las disputas por la herencia o simplemente la envidia eran algunas de las razones subyacentes a las denuncias entre vecinos e incluso entre parientes. Con el tiempo, los grupos de autodefensa pasarían a desempeñar también un papel en esta privatización de la violencia política como una herramienta y un recurso más con el que perseguir los conflictos intercomunitarios.

---

52

A finales de 1982, la violencia endógena que las acciones del PCP-SL había puesto en marcha se intensificó y proliferó hasta el punto de engendrar un clima general de miedo, desconfianza e inseguridad, y el tejido social de muchas comunidades comenzó a desgarrarse. Un ciclo de venganza intercomunal y fraternal se apoderó de muchos distritos de Ayacucho y se puso en marcha un proceso de destrucción

cultural y moral interna dentro de la sociedad campesina de Ayacucho (Theidon, 2000; cf. también CVR, 2003, vol. 8, caps. 1-2). Al intentar explotar la caótica espiral de violencia en beneficio propio, los campesinos contribuyeron inadvertidamente a la escalada de violencia (Isbell, 1992). Pero lo peor estaba por llegar, ya que una vez que las Fuerzas Armadas peruanas entraron en la batalla, los campesinos se vieron envueltos en una violencia de proporciones tan catastróficas como para llamarla “*manchay* tiempo”, “tiempo de miedo” (Starn, Degregori y Kirk, 1995, p. 339).

Ya en 1980, el nuevo presidente democráticamente elegido, Fernando Belaúnde Terry, se limitó a calificar al PCP-SL de grupo de “terroristas infantiles”, “pequeños cuatreros” y “bandidos”. Dos años después, la policía se había mostrado incapaz de reprimir la insurgencia y restablecer el orden en Ayacucho<sup>12</sup>. Por lo tanto, el gobierno no vio otra opción que declarar el estado de emergencia en todo el departamento y desplegar en él unidades del Ejército y la Infantería de Marina entre diciembre de 1982 y principios de 1983, las que tenía las órdenes de eliminar el movimiento insurgente y restaurar la autoridad gubernamental. Se suspendieron los derechos y libertades constitucionales de sus habitantes, y el control político de Ayacucho pasó de manos de un funcionario civil a un militar de alto rango (DESCO, 1989, pp. 352; Amnesty International, 199, pp. 16-17).

---

12 En la zona de emergencia se suspendieron los derechos y libertades constitucionales de sus habitantes, y el control político del departamento pasó de manos de un funcionario civil a un militar de alto rango (DESCO, 1989, p. 352; Amnesty International, 1991, p. 16-17).

La entrada en escena de los militares aportó una nueva dinámica al conflicto político. Su formación era más adecuada para una guerra convencional o exterior que para una guerra interna e irregular en vías de expansión<sup>13</sup>. La gran mayoría de los soldados eran mestizos de la costa peruana, entre los que casi nadie hablaba quechua, la lengua materna del campesinado ayacuchano. Su mentalidad estaba prejuiciada por una “presunción de subversión” hacia toda la población andina de Ayacucho, una que equiparaba “campesino” y “terrorista” (Starn, 1995b, p. 555). Y en su búsqueda del enemigo, los soldados se vieron frustrados por lo que Kalyvas llama el “problema de la identificación” (2006, pp. 89-91). Es decir, la incapacidad de identificar quién es el insurgente y quién es la población por proteger. Desconfiando de la población, y enfurecidos por tener que luchar contra un enemigo escurridizo y astuto que se escondía entre la población civil, los soldados procedieron a desatar una campaña de represión masiva y brutal contra los habitantes del departamento de Ayacucho (Tapia, 1997). El número de víctimas civiles alcanzó su punto máximo en 1983 y 1984, y la violencia política adquirió las características no solo de un conflicto de alta intensidad, sino también de una “guerra sucia”, marcada por las desapariciones, violaciones y torturas perpetradas por las Fuerzas Armadas peruanas y por la ejecución sumaria de civiles e incluso la aniquilación de aldeas campesinas por parte de la guerrilla y de las fuerzas del orden (DESCO, 1989;

---

13 Para una explicación detallada de la estrategia contrainsurgente de las Fuerzas Armadas peruanas en esta época, cf. Tapia (1997). Obando señala también que “el conocimiento de los peruanos sobre la teoría de la contrainsurgencia se limitaba a dos manuales, de los años cincuenta, que habían copiado del Ejército francés” (1998, p. 388). Cf. Escuela Superior de Guerra (1980a, 1980b).

CVR, 2003, Vols. 2 y 5). “Atrapados entre la espada y la pared” era una frase que oía con frecuencia para describir un sentimiento general entre los campesinos de la época.

El enfoque contrainsurgente “centrado en el enemigo” de los militares<sup>14</sup> asestó duros golpes al PCP-SL: muchos de sus cuadros y combatientes originales murieron entre 1983 y 1985. Sin embargo, la consecuencia más trágica fue que muchos miles de civiles inocentes también quedaron atrapados en la red de represión indiscriminada de los militares. El propio Abimael Guzmán reconoció que las Fuerzas Armadas consiguieron matar a unos 1 800 de sus seguidores durante este periodo (*Entrevista del siglo*, 1988).

Vastas zonas del campo quedaron despobladas cuando miles de campesinos huyeron de sus hogares. Si, como dice la famosa sentencia de Mao Zedong: “las masas populares son como el agua, y la [unidad guerrillera] es como un pez” (1938, p. 55), entonces el ejército buscó drenar el estanque. En áreas de Ayacucho que los militares habían designado como “zonas rojas” (es decir, zonas bajo influencia o control político rebelde), obligaron a los habitantes de caseríos y pueblos dispersos a concentrarse y reasentarse en asentamientos nucleados de desplazados internos, a los que llamaron “núcleos

---

14 La denominada *contrainsurgencia centrada en el enemigo* se ocupa principalmente de perseguir y luego capturar o matar al enemigo insurgente, destruyendo al mismo tiempo su organización y su base de apoyo. El enfoque centrado en el enemigo hace hincapié en la búsqueda y posterior eliminación del enemigo, en lugar de implicarse a fondo en el trabajo con la población civil. Cf. Treistman (2022) y Zhukov (2012) para una ilustración detallada de un enfoque “centrado en el enemigo” para hacer frente a la insurgencia. Cf. también Gentile (2009) y Plakoudas (2014), que hace un análisis de los argumentos a favor y en contra de la contrainsurgencia “centrada en el enemigo” y “centrada en la población”.

poblacionales” (CVR, 2003, vol. 2, p. 289). El objetivo de esta táctica era privar a las bandas subversivas itinerantes de cualquier apoyo logístico que esperaran recibir en el campo. Además, concentrar a la población rural de esta manera, adyacente a una guarnición del ejército cuando era posible, facilitaba a los soldados mantener a los habitantes bajo vigilancia directa.

Ulteriormente, los militares obligaron a los habitantes de estos asentamientos a “organizar comités de defensa civil” (CDC) (Starn, 1995b). El acto de obligar a una población a formar una milicia de defensa civil no solo tenía una lógica instrumental detrás; también era una forma de forzar a los campesinos a declarar abiertamente su lealtad al Estado. Sabiendo muy bien que las comunidades campesinas con CDC eran objetivos prioritarios del PCP-SL (Americas Watch, 1992, p. 9; Isbell, 1990, pp. 8-12), el ejército probablemente pretendía polarizar a Sendero Luminoso y al campesinado cuando lo obligaba a “comprometerse mediante la colaboración”.

La represión militar en Ayacucho parece haber tenido efectos variados en las actitudes de los civiles rurales con respecto a los principales protagonistas de la guerra civil. Algunos estudiosos señalan que “decenas de miles huyeron [del campo], y muchos otros que se quedaron fueron convencidos o coaccionados para concluir que su futuro estaba con Sendero” (Marks y Palmer, 2005, p. 99). Sin embargo, otros investigadores sugieren que fue la capacidad de fuerza masiva del ejército y, a la inversa, la incapacidad de Sendero Luminoso para defender a la población frente a dicha fuerza, lo que sembró el mayor terror en los corazones de la población rural. Esto, según algunos autores, fue “una de las razones por

las que muchos campesinos buscaron prudentemente una alianza pragmática con la parte percibida como más fuerte: las fuerzas de seguridad” (Fumerton, 2002, p. 114). Refiriéndose a la región de la sierra sur de Perú, Rénique hizo la misma observación: “Los que estaban ‘atrapados en el fuego cruzado’ habían optado por unirse a los militares e imponer así el principio del fin de la ‘guerra popular’” (1998, p. 307; cf. también Starn, 1995b). Independientemente de lo que sintieran los campesinos, el hecho es que la llegada de los soldados a Ayacucho presentó nuevas opciones para responder a Sendero Luminoso. A pesar de que sus contextos políticos son muy diferentes, un punto de comparación interesante es que tanto Sendero Luminoso como el grupo subversivo *Lord’s Resistance Army* (LRA, Ejército de Resistencia del Señor) de Uganda recurrieron cada vez más a la violencia para consolidar el control sobre la población civil. De acuerdo con Klaas Castelein (2012), Joseph Kony fundó el Ejército de Resistencia del Señor (ERS) en Acholi, una subregión situada en el norte de Uganda, a finales de la década de 1980. Al inicio de su lucha armada, el LRA pretendía, entre otros objetivos, derrocar al gobierno del Movimiento de Resistencia Nacional (MRN) del presidente Yoweri Kaguta Museveni. A partir de 1994, el conflicto del norte de Uganda adquirió una dimensión internacional cuando el LRA empezó a recibir apoyo militar del gobierno sudanés de Jartum. En este contexto de escalada de la violencia, el LRA invadió Teso, una subregión principalmente rural del Este de Uganda, en junio de 2003. En Teso, sin embargo, para hacer frente a la amenaza del LRA, se creó una milicia respaldada por el gobierno llamada *Arrow Group*, popularmente conocida como los *Arrow Boys*. Con el tiempo, llegaría a librar la contrainsurgencia con bastante éxito contra el LRA, de modo que, en

enero de 2004, la mayoría de los combatientes rebeldes de Kony se habían retirado de Teso.

Tanto Sendero Luminoso como los subversivos del LRA recurrieron a la coacción violenta en un intento de establecer el control sobre los campesinos de Ayacucho y la población de Teso. Además, estos subversivos también utilizaron la violencia contra las mismas personas cuyo apoyo querían con el fin de dar ejemplo a los demás; es decir, para transmitir el mensaje de que cualquier colaboración con el Estado será castigada rápida e implacablemente. En este sentido, los extremos brutales de la violencia insurgente (por ejemplo, mutilaciones, aniquilación de pueblos enteros) pretendían ser tanto dramáticos y semióticos como instrumentales (cf. Vinci, 2005).

No obstante, parece que tanto el LRA como el PCP-SL sobreestimaron la disposición de la población civil a soportar un comportamiento tan violento, al tiempo que subestimaron la capacidad de estas personas para organizar la resistencia. En ambos casos, fueron las acciones coercitivas de los subversivos contra las personas cuya colaboración buscaban las que proporcionaron el impulso principal para la movilización espontánea de las milicias civiles.

### **3. Los comités de defensa civil: Orígenes, movilización y organización**

La creación de comités de autodefensa en Ayacucho se dio por dos vías: por iniciativa espontánea de los propios campesinos o por coacción de los oficiales del Estado peruano.



*Figura 2.* Oficial del Ejército supervisando la distribución de municiones a los ronderos de la localidad de Tambo, Ayacucho. © Mario A. Fumerton, 1997.

Uno de los episodios más famosos y también más trágicos de la resistencia campesina al PCP-SL fue el estallido espontáneo de una “contra rebelión” entre varias comunidades serranas de la provincia ayacuchana de Huanta, conocidas por los forasteros como “los iquichanos”. El suyo fue el primer levantamiento violento contra Sendero Luminoso del que se tiene noticia, y se produjo poco después de la llegada de soldados del ejército al departamento de Ayacucho en enero de

1983 (Fumerton, 2002, pp. 73-105; CVR, 2003, vol. 5, pp. 88-98).

Al igual que en muchos otros casos en Ayacucho, Sendero Luminoso estableció su presencia en las comunidades de la sierra de Iquicha, en la provincia de Huanta, durante los primeros años de su alzamiento. Al visitar regularmente comunidades de la zona como Uchuraccay, los militantes de Sendero Luminoso se dedicaron a predicar sobre la “guerra popular” e incluso ganaron algunos adeptos, principalmente entre los más jóvenes. Pero, como pasó también en otras comunidades de Ayacucho, sus comportamientos autoritarios acabaron por despertar un profundo resentimiento. La primera manifestación pública de rebeldía se produjo cuando el presidente de la comunidad de Uchuraccay arrió y quemó una bandera roja que los subversivos habían izado en la cima de una colina cercana. Poco después fue ejecutado por su muestra de “insolencia”, una dura punición que también pretendía intimidar a los demás pobladores (CVR, 2003, vol. 5, p. 94).

Sin embargo, en lugar de amedrentarlos, el asesinato del presidente de Uchuraccay y de otros dos líderes locales de pueblos vecinos enfureció a los iquichanos. Los líderes de Uchuraccay pidieron a las comunidades vecinas (todas ellas emparentadas por matrimonio y parentesco) que se unieran a su levantamiento. En lo que se convertiría en la primera rebelión colectiva contra Sendero Luminoso, los habitantes de todos los pueblos se reunieron en asamblea general en Uchuraccay y votaron unánimemente emprender “actos de legítima defensa (...) contra el terrorista, causándoles la muerte”. Antes de fines de enero de 1983, los iquichanos ya habían logrado matar a 12 senderistas: cuatro en Huaychao, tres en Macabamba (21 de enero), y cinco en Uchuraccay

(23 de enero) (CVR, 2003, vol. 5, p. 94; 96 y ss.). Además, el 26 de enero de 1983, ocho periodistas y dos civiles del lugar fueron asesinados por los campesinos que los confundieron con senderistas. Las fuerzas del orden llegaron el 28 de enero y dejaron a los comuneros sin protección aun cuando se esperaban represalias de Sendero Luminoso. El gobierno de Belaunde nombró una comisión investigadora presidida por Mario Vargas Llosa, que llegó el 11 de febrero a Uchuraccay y se quedó solamente tres horas. Los campesinos les confirmaron que habían asesinado a los ocho periodistas y a dos comuneros porque creyeron que eran terroristas (CVR, 2003, vol. 5, p. 96 y ss.). (Cf. el artículo de Lucero de Vivanco en este número).

¿Cuáles fueron algunos de los factores que permitieron a los iquichanos superar los problemas de acción colectiva que habían impedido a otras comunidades campesinas de Ayacucho movilizar la oposición armada contra Sendero Luminoso?

(1) La falta de escuelas y estudiantes en los pueblos iquichanos implicó que los agentes habituales de vigilancia del PCP-SL, es decir, estudiantes y profesores, fueran mucho menos numerosos en ellos que en los valles de Ayacucho, donde abundaban los “mil ojos y oídos” del partido. Por lo mismo, los iquichanos tuvieron el espacio social para coordinar y movilizar acciones colectivas sin despertar sospechas.

(2) Las diversas comunidades iquichanas también pudieron contar con la presencia de un liderazgo fuerte —presidentes comunales, dirigentes tradicionales o *varayocs* y tenientes gobernadores—, el que pudo superar los conflictos intercomunales y planificar acciones comunes contra los

senderistas<sup>15</sup>. Tras las matanzas, estos líderes enviaron inmediatamente patrullas a las colinas circundantes y establecieron puestos de observación y alerta alrededor de sus poblados (CVR, 2003, vol. 5, pp. 94-95).

(3) Los líderes de la comunidad de Iquicha autorizaron el asesinato de otros miembros del pueblo que se sabía, o se sospechaba, que eran colaboradores y simpatizantes de Sendero Luminoso (CVR, 2003, vol. 5, pp. 98-100). Al sancionar efectivamente la violencia interna, los líderes aseguraron la participación universal en la acción colectiva, ya que cualquier duda habría sido interpretada como una señal de simpatía por Sendero Luminoso. De este modo, la neutralidad dejó de ser una opción viable en ese momento.

(4) Por último, los iquichanos tenían grandes esperanzas de éxito y creían que sus acciones contaban con la aprobación del Estado. En una reunión pública, debatieron y llegaron a la conclusión de que, dado que los subversivos eran pocos, no estaban bien armados y solo eran “adolescentes flacos” sería fácil matarlos (Fumerton, 2002, p. 84). Además, habían recibido el apoyo tácito del Estado para su letal vigilancia. El propio presidente Belaúnde aplaudió sus actos. Pocos días

---

15 En la estructura política de las comunidades rurales, los presidentes y tenientes de gobernador eran autoridades y representantes del Estado dentro de la jerarquía burocrática. Los *varayoc* (“los que sostienen un bastón”) eran líderes tradicionales con importantes responsabilidades en la comunidad: desde mantener el estado de los canales de riego y asegurar que se formaran grupos de trabajo comunales, hasta vigilar dentro de la comunidad y mantener el orden público (Mitchell, 1991, pp. 149-155; Isbell, 1978, pp. 83-97). Los *varayoc* siempre estuvieron subordinados a las autoridades burocráticas de la comunidad. En 1980, la mayoría de las sociedades campesinas de Ayacucho habían abolido sus sistemas *varayoc*, excepto en algunos lugares como Iquicha.

después de haber matado a los senderistas, un grupo de Sinchis —la unidad de élite de la policía antiterrorista— llegó a Uchuraccay en helicóptero y alentó a los pobladores a seguir matando a cualquier otro senderista que llegara (CVR, 2003, vol. 5, p. 95).

Aunque posteriormente el PCP-SL impondría a los pueblos iquichanos un castigo tan duro que forzaría el desplazamiento de cientos de sus habitantes, el levantamiento de iquichanos sería mitificado en el discurso popular como la primera grieta en la imagen de invencibilidad de Sendero Luminoso. La noticia de haber sido el primer caso registrado de civiles contraatacando a Sendero Luminoso se extendió por todo Perú. Es probable que también sirviera de inspiración a levantamientos similares en otras zonas de Ayacucho que estallaron meses después.

Los primeros grupos de autodefensa que se organizaron por iniciativa propia se autodenominaron “montoneros”<sup>16</sup> o “ronderos”, con lo que retomaron una apelación usada en la sierra norte del país para proteger los pueblos de bandidos ordinarios. Para gestionar las tareas de defensa comunal se creaba un comité de autodefensa, que seguía el modelo de la estructura política de gobierno de los pueblos —la junta directiva o consejo de pueblo—, y que estaba formado por un presidente, un vicepresidente, un secretario y un portavoz. Las tareas que realizaban los montoneros o ronderos, como patrullar o vigilar por la noche, no eran totalmente nuevas

---

16 Desde la campaña de La Breña, durante la Guerra del Pacífico (1879-1883) hasta los levantamientos campesinos de 1923 en La Mar (Ayacucho), “montoneros” es el nombre con el que se han autodenominado comúnmente las bandas de campesinos armados de la sierra central del Perú (Mallón, 1983, 1995; Cárdenas López, 1982, pp. 83-84).

para ellos, ya que antes de la guerra realizaban muchas de esas actividades para proteger sus rebaños y propiedades de los cuatrerros, ladrones y bandidos.

No obstante, por importantes que fueran, los primeros levantamientos campesinos contra Sendero fueron en gran medida “acciones aisladas, locales y descoordinadas” (CVR, 2003, vol. 2, p. 289). Las Fuerzas Armadas fueron el principal catalizador de la creación de milicias civiles en el departamento de Ayacucho. En efecto, poco después de su llegada a Ayacucho, algunas unidades militares, particularmente la Infantería de Marina, comenzaron a presionar a las comunidades campesinas para que organizaran comités de defensa civil. Las rondas o montoneras preexistentes, como las que habían formado las comunidades iquichanas, fueron convertidas en “comités de defensa civil” y puestas bajo la autoridad de un comandante militar local. Es a partir de ese momento, con su vinculación al ejército peruano claramente establecida, que podemos calificar de “milicias” a las organizaciones campesinas de autodefensa en Ayacucho.

Sin embargo, a pesar del contundente impulso proporcionado por el ejército, muchas comunidades rurales se mostraron reacias a organizar milicias. Sin nada con qué luchar, salvo palos y piedras, los campesinos temían, con razón, no poder defenderse de las inevitables represalias de los senderistas (Coronel y Loayza, 1992, pp. 528-529). Por ello, muchas comunidades pensaron que era mejor no enemistarse con ellos. Pero la neutralidad no era tolerada ni por las Fuerzas Armadas ni por Sendero, ni siquiera por las milicias de las comunidades campesinas vecinas (CVR, 2003, p. 290). Con la aprobación tácita o la participación de unidades militares, algunas comunidades campesinas utilizaron sus milicias para

asaltar comunidades vecinas, a veces “con la intención de saquear, más que de buscar miembros del PCP-SL” (CVR, 2003, vol. I, p. 289; Degregori, 1987, p. 49; Isbell, 1990, pp. 11-12; Americas Watch, 1992, p. 9).

Siguiendo el ejemplo de sus mentores militares, las milicias campesinas ejecutaron sumariamente a quienes sospechaban que eran senderistas o simpatizantes suyos (CVR, 2003, vol. 2, pp. 289-290). Cualquier reticencia a organizar una milicia era interpretada por las fuerzas del orden como un apoyo tácito a Sendero Luminoso (Isbell, 1990, pp. 11-12; Americas Watch, 1992; Del Pino, 1993, p. 78; 1996). En general, cabría afirmar que cuando los actores armados utilizan la violencia para borrar la neutralidad de la lista de opciones de los civiles, desaparece el espacio para el comportamiento autónomo y el dilema de la acción colectiva se resuelve de forma efectiva<sup>17</sup>.

#### 4. Los comités del río Apurímac

No obstante, fue en el valle del río Apurímac, durante la segunda mitad de la década de 1980, en el que las organizaciones de defensa civil conocidas como Defensa Civil Antisubversiva (DECAS) emergieron para convertirse en las más sofisticadas organizativa y tácticamente, y las más poderosas militarmente, de todas las milicias de la zona en estado de emergencia del Perú (CVR, 2003, vol. 2, pp. 290-291; Del Pino, 1996).

Fuertemente asistidos, y en ocasiones estrechamente dirigidos por el destacamento de Infantería de Marina de la

<sup>17</sup> Para un argumento relacionado que cuestiona la suposición de que la rebelión está sujeta al problema de la acción colectiva, cf. Kalyvas, 2007.

guarnición del valle del Apurímac, los DECAS fueron capaces de organizar a los habitantes del valle en una única red interconectada de milicias. De esta manera, ellos y los militares fueron capaces de expulsar a Sendero Luminoso casi por completo de una subregión de Ayacucho que había sido un bastión subversivo durante gran parte de la década de 1980. Mientras que las milicias de la región de la sierra de Ayacucho estaban armadas con armas rudimentarias (lanzas, cuchillos, hondas o escopetas caseras fabricadas con tubos de acero de plomería), los DECAS del valle del río Apurímac pudieron asegurarse fusiles automáticos y Máuser de cerrojo, así como granadas de mano (Del Pino, 1996, Apéndice 2, p. 182). Esto fue posible gracias a las alianzas que forjaron con la Infantería de Marina, que les suministraba armas, y los narcotraficantes colombianos del valle, que les suministraban fondos (Fumerton, 2002, pp. 144-146; CVR, 2003, vol. 2, p. 291). De este modo, los DECAS fueron más que un simple rival para los subversivos, los que se vieron obligados a retirarse ante su avance.

Otro logro notable de los DECAS fue la sofisticada estructura organizativa que desarrollaron por su cuenta. Consistía en una vasta red en la que las milicias de cada comunidad estaban vinculadas entre sí mediante un sistema jerárquico y segmentado de mando y comunicación. El nivel más alto de esta pirámide organizativa era el comité regional. Por debajo se encontraban los comités de distrito, que a su vez estaban formados por todos los comités de milicia a nivel local. El grado de movilización del sistema dependía de la gravedad de la amenaza a la que se enfrentaba en un momento determinado: cuanto más grave era la amenaza, más se movilizaba el sistema segmentario a nivel regional, distrital y local.

De forma similar a los grupos montoneros que les precedieron, los cargos elegidos dentro de los comités DECAS eran de presidente, secretario, tesorero, comandante de operaciones y oficial de inteligencia. Los miembros de los DEMÁS eran todos los adultos sanos de la comunidad, hombres y mujeres, entre 15 y 70 años. Se esperaba que todos los miembros participaran en las tareas de patrulla y defensa (Fumerton, 2002, p. 116). Además, algunos de los jóvenes llamados “licenciados” habían servido previamente como reclutas en el ejército y, por tanto, aportaban valiosas habilidades, conocimientos y experiencia. Fueron esos jóvenes licenciados quienes ayudaron a dar a otros milicianos una formación más especializada en tácticas y en el uso de armas de fuego.

Al realizar patrullajes de disuasión de forma rutinaria, los DECAS consiguieron mantener a los insurgentes fuera de alcance e impidieron que regresaran y se infiltraran en zonas recientemente arrebatadas al control subversivo. Al asumir la responsabilidad principal de patrullar las zonas rurales, los DECAS desempeñaron un papel inestimable para compensar el hecho de que nunca hubo suficientes soldados gubernamentales para garantizar la seguridad de la población rural. En 1997 el oficial del ejército a cargo de todas las milicias campesinas en los departamentos de Ayacucho y Huancavelica me dijo: “No teníamos suficientes soldados para patrullar y controlar todo el campo. No tenemos capacidad para ello. Por eso tenemos que contar con la presencia de las rondas en zonas donde no siempre podemos estar.” (Fumerton, 2001, pp. 487-488). En otras palabras, los DECAS ayudaron al Ejército a minimizar el “problema de la ubicuidad” para sus soldados; es decir, la incapacidad de mantener una presencia creíble en todo un territorio, en todo momento.

Estas milicias también hicieron un uso eficaz de antiguos senderistas, que se habían rendido ante ellos. Como parte de su proceso de arrepentimiento y rehabilitación, estos individuos se integraban posteriormente a las milicias, donde a menudo prestaban una serie de valiosos servicios. Por ejemplo, los desertores ex senderistas eran útiles para ayudar a los milicianos y soldados a identificar a los comisarios de Sendero Luminoso en las aldeas. Además, también aportaron una gran cantidad de información sobre el enemigo, incluyendo el conocimiento de sus tácticas, el tamaño de las fuerzas insurgentes, los lugares probables donde los insurrectos podrían tender una emboscada y la ubicación de sus depósitos de suministros.

Los DECAS fueron más allá del patrullaje rutinario; de hecho, también asumieron un papel activo en la contrainsurgencia al planificar y ejecutar una serie de operaciones ofensivas bastante grandes y complejas. Tales operaciones ilustraron un esfuerzo modelo de cooperación conjunta DECAS-Marina de Guerra del Perú: los patrulleros campesinos, que poseían un conocimiento íntimo de la geografía local y del terreno humano, hicieron la exploración y participaron en el combate; la Marina de Guerra y eventualmente el Ejército los apoyaron con un poder de fuego abrumador en sus enfrentamientos con el enemigo senderista. Trabajando juntos de esta manera, los DECAS y los infantes de marina peruanos constituyeron una fuerza formidable. Lograron expulsar a Sendero Luminoso de todo el valle del río Apurímac y obligaron a los subversivos a ponerse a la defensiva en la mayor parte del departamento de Ayacucho (Del Pino, 1993; Degregori, 1996a; Fumerton, 2002).

Como era de esperar, las condiciones y la dinámica de la guerra provocaron cambios en las relaciones de poder entre las

milicias y las autoridades locales. Mientras la violencia política seguía prevaleciendo, los comandantes de las milicias asumieron un importante papel de liderazgo en la gobernanza local, ya que muchas de las principales tareas comunales de la vida cotidiana (patrullas, tareas de vigilancia, trabajo comunal para reforzar las defensas de las aldeas) se centraban en las exigencias de la autodefensa: “Durante el periodo de violencia, los líderes de la defensa civil eran a menudo la principal autoridad de una comunidad, aunque siempre subordinados al comandante militar local más cercano. Las autoridades civiles, si es que existían, eran, en palabras de un comandante, ‘un rondero más’” (Fumerton, 2001, p. 495).

La vida cotidiana en el valle se militarizó y pasó a regirse por normas orientadas a un estado de guerra constante. Los comandantes de las milicias daban órdenes a la comunidad; los que no las cumplían eran azotados (Fumerton, 2001, p. 143). Los hombres tenían sus tareas específicas (principalmente patrullar y hacer guardia) y las mujeres, los niños y los ancianos tenían las suyas (cocinar para los patrulleros, remendar su ropa, hacer pequeños recados). Además, en otras partes de Ayacucho donde las milicias tenían el control, tenían autoridad para detener a los individuos sospechosos y decidir sobre su vida o muerte. Así, los individuos sospechosos podían ser asesinados sumariamente por milicianos en muchas zonas de Ayacucho (CVR, 2003, p. 290; Goldenberg, 1984, p. 42). Estos ejemplos son un claro indicio de hasta qué punto la sociedad civil de Ayacucho se había militarizado.

69

En 1985, el Perú eligió a Alan García como su nuevo presidente. Poco después de asumir el cargo, el presidente García criticó duramente la brutal contrainsurgencia practicada durante la administración de su predecesor, el presidente

Belaúnde. Ordenó al ejército que pusiera fin a su “guerra sucia” y prometió castigar a cualquier militar que cometiera violaciones de los derechos humanos. Esto creó una grave tensión en las relaciones cívico-militares, una de cuyas consecuencias fue que el personal militar de la zona de emergencia pasó a adoptar un enfoque más pasivo en la lucha contra los insurgentes. Esto coincidió con la decisión de los líderes del PCP-SL de intensificar sus acciones, muchas de ellas dirigidas contra comunidades campesinas que habían organizado milicias. Algunos focos de resistencia miliciano aguantaron en la sierra de Ayacucho, pero en general, ante la pasividad de las fuerzas gubernamentales, muchas comunidades campesinas decidieron disolver sus milicias. En estas circunstancias, los DECAS iban a desempeñar un papel crucial no solo en el rejuvenecimiento de las milicias de la sierra, sino también en el cambio de rumbo de la guerra civil.

## **5. Entre la innovación endógena y la legitimación estatal de las milicias civiles**

A finales de los años ochenta, las noticias sobre las proezas militares de los INCAS y sus victorias contra Sendero Luminoso en el valle del río Apurímac se extendieron como un reguero de pólvora por toda la sierra ayacuchana. En 1989, el propio presidente García voló al valle para distribuir personalmente escopetas a los milicianos. Esta primera actuación de lo que Tilly y Tarrow (2007, p. 34) llaman “certificación” (o “legitimación”) no pasó desapercibida para el gran público. Por lo tanto, no fue sorprendente que los comandantes de DECAS empezaran a recibir pedidos urgentes de asistencia y protección de las milicias en otros distritos andinos más distantes de Ayacucho (Fumerton, 2002, pp. 131, 156; CVR, 2003, vol. 2, p. 291). Por lo tanto, sería razonable concluir

que “la expansión y consolidación inicial del movimiento de defensa civil en muchas provincias ayacuchanas entre 1989 y 1992 se debió más al esfuerzo directo de las DECAS que a cualquier acción por parte de las Fuerzas Armadas” (CVR, 2003, vol. 2, p. 156).

La expansión de los comités DECAS se asemeja a la clásica analogía de la mancha de tinta, en la que, partiendo de un epicentro localizado —es decir, el valle del río Apurímac—, el movimiento de milicias campesinas creció constantemente hacia el exterior en todas direcciones. Las semillas de esta expansión fueron los DECAS originales de solo un puñado de pueblos vecinos. Sin embargo, se convirtió en un movimiento amplio y poderoso. Las noticias sobre los DECAS y sus competencias se difundieron entre la población más rápido de lo que se multiplicaron los grupos de milicianos. El efecto de estas “historias inspiradoras” fue que funcionaron como una especie de multiplicador de fuerza para las DECAS, lo que ayudó a influir en las mentes de los campesinos de las comunidades más lejanas, que al principio dudaron en apoyar a los DECAS en una ofensiva dirigida por civiles contra Sendero Luminoso.

Una de las innovaciones más importantes de los DECAS fue la creación en cada distrito de una unidad de “comandos especiales”, que era una fuerza de élite formada por los mejores milicianos. Estos grupos de élite no solo mejoraron la capacidad de los DECAS como instrumento táctico de contrainsurgencia. También este paso hacia la profesionalización de la defensa comunitaria tuvo la intención de liberar al grueso de la población campesina adulta de las exigencias diarias de la defensa comunitaria para que pudieran volver a sus importantes actividades agrícolas y otros medios de subsistencia,

todas ellas muy descuidadas en el punto álgido de la guerra civil.



*Figura 3.* Una unidad de Comandos Especiales del distrito de Tambo, Ayacucho. © Mario A. Fumerton, 1997.

72

Los miembros de los DECAS, conocidos como “rentados” (patrulleros contratados), recibían un pequeño salario mensual de las contribuciones financieras reunidas por todas las familias del distrito. Además, recibían formación militar especial de los oficiales militares de la base local del ejército y se les equipaba con las mejores armas que las comunidades podían permitirse, normalmente los preciados fusiles Mauser.

Cada comunidad de un distrito proporcionaba un “rentado” a los comandos especiales del distrito. Esta práctica de crear una unidad mixta demostró ser una forma excelente de superar las tradicionales rencillas entre comunidades y, al mismo tiempo, crear un nuevo sentido de identidad corporativa, unida en el propósito colectivo de ejercer la autodefensa contra un enemigo común. A menudo, el sentimiento de solidaridad e identidad de un grupo de este tipo se hizo tan fuerte que incluso llegaron a llevar su propio “uniforme” especial, como ponchos o uniformes deportivos del mismo color (figura 3).

En 1991, el nuevo presidente de Perú, Alberto Fujimori, promulgó una ley que reconocía oficialmente a las milicias campesinas y su derecho a portar armas de fuego. Fueron bautizadas con un nuevo nombre: Comités de Autodefensa y Desarrollo (CAD). El reconocimiento oficial trajo consigo una supervisión y un control más estrictos de los comités de autodefensa por parte del gobierno. A partir de mediados de la década de 1990, el ejército introdujo ciertas formalidades y procedimientos burocráticos en las prácticas operativas de los CAD. Estos incluían dispositivos como exigir a los líderes de los CAD que escribieran un informe semanal de sus actividades o que obtuvieran una declaración firmada por los líderes de cada comunidad que visitaran en la que se afirmara que durante su estancia en ese pueblo los patrulleros no

## 6. Las milicias como agentes de reconstrucción y transformación social

A lo largo de la década de 1990, la cooperación más estrecha entre las milicias campesinas y las tropas gubernamentales trajo consigo mejoras espectaculares en las relaciones entre las Fuerzas Armadas y el campesinado en general. Las percepciones mutuas habían cambiado mucho desde los días en que los primeros destacamentos militares llegados de la costa peruana miraban con gran recelo a todos los campesinos andinos como probables simpatizantes senderistas. A la inversa, los campesinos ya no consideraban a los soldados peruanos como un “ejército de ocupación”, brutal y despiadado, que solo había venido a matar, violar y robar. Por lo tanto, al ayudar a establecer y reforzar la confianza y las interacciones positivas, las fuerzas de defensa locales de la sierra del Perú desempeñaron un papel fundamental en la mejora y consolidación de las buenas relaciones entre las Fuerzas Armadas y la población en general, de una forma que las tropas gubernamentales nunca podrían haber logrado por sí solas.



*Figura 4.* Ronderos armados y miembros del Club de Madres en una Acción Cívica organizada por el Ejército y los CAD de Tambo. © Mario A. Fumerton, 1997.

De ahí que, como iniciativas parcialmente locales, el movimiento de autodefensa de Ayacucho siempre haya gozado de cierta legitimidad popular. De hecho, a mediados de la década de 1990, se puede decir que la gran mayoría de los campesinos de la región habían llegado a considerar a los CAD no como otra “fuerza depredadora”, sino más bien como el garante legítimo y eficaz de la paz y la seguridad del campesinado. A medida que la guerra civil se fue extinguiendo, asumieron nuevas funciones, como la de policía de proximidad.

Mención especial merecen en efecto una serie de innovadores planes sociales, diseñados íntegramente por los comités DECAS, que se convirtieron en práctica habitual de los comités de autodefensa en todo Ayacucho. Uno de los más llamativos fue su esfuerzo pionero en materia de reintegración, reconciliación y rehabilitación de antiguos insurgentes en las comunidades rurales (Theidon, 2000, 2006). Mientras que los soldados y policías del gobierno eran conocidos por ejecutar sumariamente a “presuntos terroristas”, la DECAS, en contraste, puso en marcha un sistema por el que los llamados “arrepentidos” (subversivos arrepentidos) quedaban bajo la estricta observación y supervisión constante de la comunidad hasta el momento en que se consideraba que su arrepentimiento era sincero.

El proceso de arrepentimiento y reconciliación no era solo funcional o utilitario, también tenía una dimensión ritual (Fumerton, 2002, pp. 134, 184-185; Theidon, 2000, 2006). Se esperaba que los arrepentidos confesaran sus “pecados” en un acto público, el que debía cumplir las mismas funciones de reconciliación que la confesión católica, uno de los

sacramentos de la religión más arraigada en el país<sup>18</sup>. Además, para demostrar su lealtad y sinceridad, los arrepentidos participaban principalmente en las patrullas rutinarias y en las operaciones militares de mayor envergadura que dirigieran los DECAS. También los líderes de los DECAS valoraban a los subversivos capturados en combate por su valor táctico como informantes pues de ellos se obtenía datos precisos sobre la fuerza y los movimientos enemigos y, lo que era más importante, la identidad de los espías de Sendero Luminoso o “topos”, los que se habían infiltrado secretamente en las comunidades y pueblos rurales. Con posterioridad, el gobierno de Fujimori adoptó la práctica de arrepentimiento y reinserción de DECAS como base de su Ley de Arrepentimiento y Amnistía de 1992 (Fumerton, 2002, p. 184).

Los comités de autodefensa también desempeñaron un papel importante a la hora de facilitar el regreso de los campesinos desplazados a sus comunidades rurales de origen. La seguridad que pudieron proporcionar las organizaciones de autodefensa campesina ayudó a fomentar el regreso o la reaparición de las autoridades civiles, de las ONG y de las agencias de ayuda del gobierno en zonas del campo que habían abandonado anteriormente tanto por la violencia subversiva como por la violencia militar. En este sentido, parece que las milicias campesinas no solo estaban desempeñando un papel importante en la reactivación y el fortalecimiento de la sociedad civil en muchas zonas de Perú asoladas por la guerra,

76

---

18 [Notemos también que siguiendo la práctica maoísta adoptada por Sendero Luminoso se usaban las “autocríticas” —*chef feng* en chino, semejantes a la “confesión de los pecados” del catolicismo— para que los militantes pudieran reconocer y confesar sus “errores” públicamente (Villasante, 2024, cap. 5). NDE].

sino que también demostraron ser un componente integral de esa sociedad civil. Sin embargo, dado que el contexto en el que operaban estas milicias era el militarizado y bajo estado de emergencia, es decir, uno en el que los derechos y libertades estaban suspendidos, se puede argumentar que el “espacio público autónomo” necesario para la existencia de una verdadera sociedad civil había sido anulado. En ese marco, quizá sea mejor describir el aparente resurgimiento de las entidades de la sociedad civil como algo que tiene lugar en una fase liminal o inicial, en la que se está dejando atrás una sociedad revuelta y caótica en guerra, y se está pasando a una sociedad en paz, en transición democrática, con una sociedad civil que funciona pacíficamente<sup>19</sup>.

## Reflexiones finales

En general, la bibliografía académica sobre las milicias las critica sin concesiones y, a menudo, con razón. Lo que se suele destacar en ella son sus cualidades aborrecibles y los peligros que representan para las instituciones estatales y la población civil. Desde esta perspectiva, las milicias se generalizan como agentes de depredación y destrucción social.

No obstante, el caso peruano demuestra que las milicias son también agentes de transformación positiva y reconstrucción social. En efecto, es importante reconocer, como sabiamente señala Starn (1995b, p. 569), que “un movimiento social puede reforzar el funcionamiento de la opresión en un nivel y, sin embargo, ir contra la corriente de la dominación y la miseria en otro”. Es cierto que, como otras milicias civiles

---

19 [Sobre el pasaje del estado de paz al estado de guerra, véase Villasante, 2024, cap. 5. NDE].

(Uganda, Ruanda, Irak, Afganistán, Colombia, Guatemala), las milicias de Ayacucho han sido acusadas en varias ocasiones de haber cometido diversos abusos contra los derechos humanos o de haber participado en actividades delictivas. Pero también es cierto que estas milicias, gracias a sus éxitos contra formidables organizaciones subversivas, no solo se han ganado la admiración y la buena voluntad de sus gobiernos, sino que también han contribuido a elevar la autoestima de poblaciones que, antes de la creación de las milicias, no eran tratadas como ciudadanos iguales en derechos y deberes.

Tanto en la retórica destinada al gran público, como en el discurso académico en el Perú y en el extranjero, las milicias campesinas llegaron a ser representadas como “ciudadanos patriotas que defienden al Perú y su comunidad.” Más importante aún, a través de sus comités de autodefensa, los campesinos llegaron a considerarse directamente responsables de derrotar a Sendero Luminoso (Degregori, 1996a; Starn, 1995b; Stern, 1998, p. 475). En ese marco, sería demasiado estrecho ver la experiencia de las milicias de Ayacucho como un simple compromiso con la contrainsurgencia. Más bien, en la medida en que los campesinos toman las armas para satisfacer demandas sociales exigidas al Estado y emplean su organización como plataforma para sus quejas (Fumerton, 2002, pp. 330-333) se pueden considerar que forman parte de un proceso de participación en lo que Tilly y Tarrow llaman *política contenciosa* (2007, p. 4).

---

78

Asimismo, uno de los resultados más importantes de la guerra civil y de la experiencia de las milicias para los campesinos de Ayacucho ha sido lograr gradualmente que adquieran un nivel de conciencia sobre sí mismos sin precedentes pues ahora se ven como “sujetos titulares de derechos” (Dagnino,

1998, p. 48). Para muchos campesinos de Ayacucho, el servicio de la milicia —que ven como una forma de servicio militar que demuestra su lealtad al Estado— ha sido la base para reclamar el estatus de ciudadanía. Los estudiosos del tema han reconocido desde hace mucho tiempo que las instituciones militares desempeñaron un papel central en la evolución de la democracia parlamentaria en muchas de las naciones desarrolladas del mundo y que el servicio militar ha sido un componente integral de la ciudadanía. En efecto, “desde la Primera Guerra Mundial en adelante, el servicio militar ciudadano ha sido visto como un dispositivo por el cual los segmentos excluidos de la sociedad podrían lograr legitimidad y derechos políticos” (Janowitz, 1975, pp. 77-78; Burk, 1995).

En 2000, la mayoría de los comités de autodefensa en Ayacucho se habían disuelto, ya que el riesgo de ataques insurgentes había disminuido drásticamente. Los campesinos estaban ansiosos por abandonar la pesada tarea de patrullar y vigilar todas las noches y por volver a sus actividades agrícolas y de otro tipo de medios de subsistencia, las que habían descuidado durante años de violencia. Los comités de autodefensa que seguían activos se volvieron mucho menos militarizados y de tipo voluntario en lugar de obligatorio. Se transformaron en instituciones policiales comunitarias, subordinadas a las autoridades burocráticas locales. En otras palabras, se volvieron como las rondas campesinas del norte de Perú, que las comunidades formaron espontáneamente a mediados de la década de 1970 para proteger los poblados contra el robo de ganado y otros delitos menores (Gitlitz y Rojas, 1983; Starn, 1999).

Finalmente, lo que hemos visto a lo largo de esta contribución es que las milicias de Ayacucho se convirtieron en agentes de

reconstrucción y transformación social positiva bajo el tipo correcto de supervisión del gobierno. El gobierno del Perú (como en Uganda) utilizó con éxito a sus Fuerzas Armadas para controlar a las milicias locales en Ayacucho y canalizar su desarrollo hacia resultados sociales positivos. Como resultado, no degeneraron en escuadrones de la muerte y grupos criminales, como ha ocurrido en otros países, por ejemplo, en Guatemala (Fumerton y Remijnse, 2004) y en Colombia (Spencer, 2001). Las milicias peruanas (DECAS y CAD) se convirtieron en instrumentos para permitir el retorno de la paz y a la estabilidad en sus respectivas regiones.

## Referencias

Aliyev, H. (2016). Strong militias, weak states, and armed violence: Towards a theory of 'state-parallel' paramilitaries. *Security Dialogue*, 47(6), 498-516.

Americas Watch. (1992). *Peru under fire: human rights since the return to democracy*. Yale University.

Amnesty International. (1991). *Eight years of "disappearances"* <https://www.amnesty.org/en/documents/amr46/036/1991/en/>

80

Barter, S. (2013). State Proxy or Security Dilemma? Understanding Anti-Rebel Militias in Civil War. *Asian Security*, 9, 75-92.

Berg, R. (1992). Peasant Responses to Shining Path in Andahuaylas. En D. Palmer (Ed.), *The Shining Path of Peru* (pp. 83-104). C. Hurst & Co.

- Burk, J. (1995). Citizenship Status and Military Service: The Quest for Inclusion by Minorities and Conscientious Objectors. *Armed Forces & Society Press*, 21, (4), 503-529.
- Campbell, B. (2000). Death Squads: Definitions, Problems, and Historical Contexts. En B. Campbell y A. Brenner. (Eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability* (pp. 1-26). St. Martin's.
- Carey, S., Mitchell, N. y Lowe, W. (2013). States, the Security Sector, and the Monopoly of Violence: A New Database on Pro-government Militias. *Journal of Peace Research*, 50, 249-258.
- Cárdenaz López, T. (1982). Luchas campesinas en la provincia de La Mar, 1923. [Tesis de Bachillerato, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga].
- Cassidy, R. (2006). The Long Small War: Indigenous Forces for Counterinsurgency. *Parameters*, verano, 47-62.
- Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR). (2003). *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú*, vols. 1-9. CVR-Navarrete.
- Coronel Aguirre, J. (13-14 de julio de 1995). Reconstrucción del tejido social y el Estado. Actas del Foro Nacional sobre Desplazamiento Interno Forzado, Lima, Perú.
- Coronel Aguirre, J. (1996). Violencia política y respuestas campesinas en Huanta. En C. Degregori (Ed.), *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso* (pp. 29-116). IEP-Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Coronel Aguirre, J. y Loayza, C. (1992). Violencia política: formas de respuesta comunera en Ayacucho. En C. Degregori (Ed.), *Perú: el problema agrario en debate-SEPIA IV* (pp. 509-537). SEPIA.

Dagnino, E. (1998). Culture, Citizenship, and Democracy. Changing Discourses and Practices of the Latin American Left. En S. Álvarez, E. Dagnino y A. Escobar (Eds.), *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements* (pp. 33-63). Westview.

Davis, D. (2009). Non-State Armed Actors, New Imagined Communities, and Shifting Patterns of Sovereignty and Insecurity in the Modern World. *Contemporary Security Policy*, 30 (2), 221-245.

Degregori, C. (1987). *Sendero Luminoso. I. Los hondos y mortales desencuentros. II. Lucha armada y utopía autoritaria*. IEP-CEPRODEP.

Degregori, C. (1990). *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979*. IEP.

Degregori, C. (Ed.). (1992). *Perú: el problema agrario en debate-SEPIA IV*. SEPIA.

---

82

Degregori, C. (Ed.). (1996a). *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. IEP-Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Degregori, C. (1996b). Cosechando tempestades: las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho. En C. Degregori (Ed.), *El Surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979* (pp. 189-225). IEP.

- Degregori, C. y J. López Ricci. (1995). Memories of a Cadre: “Nicario”. Testimony of a former Senderista. En O. Starn, C. Degregori, y R. Kirk (Eds.). *The Peru Reader: History, Culture, Politics* (pp. 328-335). Duke University.
- Del Pino, P. (1993). *Tiempos de guerra y de dioses: Sendero, ronderos y evangélicos: Historia de una guerra sin fin*. IEP-Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Del Pino, P. (1996). Tiempos de guerra y de dioses: ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac. En C. Degregori (Ed.), *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso* (pp.117-188). IEP-Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo. (1989). *Violencia política en el Perú: 1980-1988*, vols. 1-2. DESCO.
- Duyvesteyn, I. y Fumerton, M. (2010). Insurgency and Terrorism: Is There a Difference? En C. Holmqvist-Jonsäter y C. Coker (Eds.), *The Character of War in the 21<sup>st</sup> Century* (pp. 27-41). Routledge.
- Entrevista del siglo. Presidente Gonzalo rompe el silencio*. (24 de julio de 1988). *El Diario*.
- Escuela Superior de Guerra. (1980a). *Guerra revolucionaria: doctrina*. Autor.
- Escuela Superior de Guerra. (1980b). *Guerra revolucionaria: subversión*. Autor.
- Francis, D. (Ed.). (2005a). *Civil Militia: Africa's Intractable Security Menace?* Ashgate.

Francis, D. (2005b). Introduction. En D. Francis (Ed.), *Civil Militia: Africa's Intractable Security Menace?* (pp.1-30). Ashgate.

Fumerton, M. (2001) Rondas Campesinas in the Peruvian Civil War: Peasant Self-defense Organizations in Ayacucho. *Bulletin of Latin American Research*, 20 (4), 470-497.

Fumerton, M. (2002). *From Victims to Heroes: Peasant counter-rebellion and Civil War in Ayacucho, Peru, 1980-2000*. Thela.

Fumerton, M. (2023). Más allá de la contrainsurgencia: milicias campesinas de Ayacucho en la conformación de un orden social en tiempos de guerra. En P. Del Pino y R. Aroni (Eds.), *Una revolución precaria. Sendero Luminoso y la guerra en el Perú, 1980-1992* (pp. 223-256). IEP.

Fumerton, M. y Castelein, K. (19-20 de octubre de 2012). The Endogeneity of Militias in Civil Wars: Ayacucho's "Comités de autodefensa" and Tesos' Arrow Group in Comparative Perspective [Ponencia]. Paramilitaries, Militias, and Civil Defense Forces in Civil Wars, New Haven, Connecticut, Estados Unidos.

84

Fumerton, M. y J. Quinn (2011). *Counterinsurgency from Below: The Afghan Local Police in Theoretical and Comparative Perspective*. Counterinsurgency Assistance and Advisory Team (CAAT), HQ-ISAF. (Inédito). <http://www.isaf.nato.int/article/caat-analysis-news/counterinsurgency-from-below.html>

Fumerton, M. y Remijnse, S. (2004). Civil Defense Forces: Peru's Comités de Autodefensa Civil and Guatemala's

- Patrullas de Autodefensa Civil in Comparative Perspective. En K. Koonings y D. Kruijt. (Eds.), *Armed Actors: Organized Violence and State Failure in Latin America* (pp. 52-72). Zed Books.
- Gentile, G. (2009). A Strategy of Tactics: Population-centric COIN and the Army. *Parameters*, 39(3), 5-17.
- Gitlitz, J. y Rojas, T. (1983). Peasant Vigilante Committees in Northern Peru. *Journal of Latin American Studies*, 15 (1), 163-197.
- Goldenberg, S. (1984). Los montoneros de Huanta. Una jornada en las alturas navalizadas. *Debate*, 28, 40-44.
- González, R. (1984) El terror senderista. *Quehacer*, 30,16-18.
- Gorriti, G. (1999). *The Shining Path: A History of the Millenarian War in Peru*. The University of North Carolina.
- Gortzak, Y. (2009). Using Indigenous Forces in Counterinsurgency Operations: The French in Algeria, 1954-1962. *The Journal of Strategic Studies*, 32 (2), 307-333.
- Gourevitch, P. (1998). *We Wish to Inform You that Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*. Farrar, Straus, and Giroux.
- Human Rights Watch. (2007a) *Thailand: Government-Backed Militias Enflame Violence*. Recuperado de <http://www.hrw.org/news/2007/04/17/thailand-government-backed-militias-enflame-violence>
- Human Rights Watch. (2007b). *"They Came Here to Kill Us": Militia Attacks and Ethnic Targeting of Civilians in Eastern Chad*. Autor.

- Human Rights Watch. (2011). *“Just Don’t Call It a Militia”. Impunity, Militias, and the “Afghan Local Police”*. Autor.
- Isbell, B. (1978). *To Defend Ourselves: Ecology and Ritual in an Andean Village*. Waveland.
- Isbell, B. (1988). The Emerging Patterns of Peasants’ Responses to Sendero Luminoso. *Latin American, Caribbean, and Iberian Occasional Papers*, 7. Columbia-NYU.
- Isbell, B. (30 de noviembre-1 de diciembre de 1990). The Text and Contexts of Terror in Peru [Ponencia]. Violence and Democracy in Colombia and Perú, Columbia University, Nueva York, Estados Unidos.
- Isbell, B. (1992). Shining Path and Peasant Responses in Rural Ayacucho. En D. Palmer. (Ed.). *The Shining Path of Peru* (pp. 59-82). C. Hurst & Co.
- Janowitz, M. (1975). *Military Conflict*. Sage.
- Jentzsch, C., Kalyvas S. y Schubiger, L. (2015). Militias in Civil Wars. *Journal of Conflict Resolution*, 59 (5), 755-769.
- Johnson, P. y Wittels, W. (Eds.). (2023). *Violence against Civilians: Civic Vice, Civic Virtue*. Routledge.
- 86 Jones, A. (2004). Parainstitutional Violence in Latin America. *Latin American Politics & Society*, 46 (4), 127-148.
- Jones, S. (2012). *The Strategic Logic of Militia*. RAND.
- Jones, S. y Muñoz, A. (2010). *Afghanistan’s Local War: Building Local Defense Forces*. RAND.
- Kalyvas, S. (2006). *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge.

- Kalyvas, S. (2007). How “Free” Is Free Riding in Civil Wars? Violence, Insurgency, and the Collective Action Problem. *World Politics*, 59(2), 177-216.
- Koos, C. (2014). Why and How Civil Defense Militias Emerge: The Case of the Arrow Boys in South Sudan. *Studies in Conflict & Terrorism*, 3, 1039-1057.
- Koren, O. (2017) Means to an End: Pro-government Militias as a Predictive Indicator of Strategic Mass Killing. *Conflict Management and Peace Science*, 34(5), 461-484.
- Krause, K. y Milliken, J. (2009). Introduction: The Challenge of Non-State Armed Groups. *Contemporary Security Policy*, 30(2), 202-220.
- Lomo, Z. y Hovil, L. (2004). *Behind the violence. The war in Northern Uganda*. Institute for Security Studies Monograph, 99.
- Mahon, J. (1983). *The History of the Militia and National Guard*. Macmillan.
- Mallón, F. (1983). *In Defense of Community in Peru's Central Highlands*. Princeton University.
- Mallón, F. (1995) *Peasant and Nation*. University of California.
- Mandel, Robert. (2001). The Privatization of Security. *Armed Forces & Society*, 28(1), 129-151.
- Mao Z. (1938). *All the Problems of the Anti-Japanese Guerrilla War (K'ang-Jih yu-chi chan-cheng ti i-pan wen-t'i)*, p. 55. Chieh-fang She.

- Marks, T. y Palmer, D. (2005). Radical Maoist Insurgents and Terrorist Tactics: Comparing Peru and Nepal. *Low Intensity Conflict & Law Enforcement*, 13(2), 91-116.
- Mazzei, J. (2009). *Death Squads or Self-Defense Forces: How Paramilitary Groups Emerge and Challenge Democracy in Latin America*. The University of North Carolina.
- McClintock, C. (1984). Why Peasants Rebel: The Case of Peru's Sendero Luminoso. *World Politics*, 37, 48-84.
- Mitchell, N., Carey, S., y Butler, C. (2014) The Impact of Pro-Government Militias on Human Rights Violations. *International Interactions*, 40, 812-836.
- Mitchell, W. (1991). *Peasants on the Edge: Crop, Cult, and Crisis in the Andes*. University of California.
- Mueller, J. (2004). *The Remnants of War*. Cornell University.
- Munene, M. (2005). Mayi Mayi and Interahamwe Militias: Threats to Peace and Security in the Great Lakes Region. En D. Francis (Ed.), *Civil Militia: Africa's Intractable Security Menace?* (pp.231-250). Ashgate.
- Obando, E. (1998). Civil-Military Relations in Peru, 1980-1996: How to Control and Coopt the Military (and the consequences of doing so). En S. Stern (Ed.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995* (pp. 385-410). Madison-University of Wisconsin.
- Palmer, D. (Ed.). (1992). *The Shining Path of Peru*. C. Hurst & Co.
- Plakoudas, S. (2014) Strategy in Counterinsurgency: A Distilled Approach. *Studies in Conflict & Terrorism*, 38(2),132-145.

- Rénique, J. (1998). Apogee and Crisis of a “Third Path”: Mariateguismo, “People’s War”, and Counterinsurgency in Puno. En S. Stern (Ed.), *Shining and Other Paths. War and Society in Peru, 1980-1995* (pp. 307-338). Duke University.
- Schneckener, U. (2007). Armed Non-State Actors and the Monopoly of Force. En A. Bailes, U.Schneckener, y H. Wulf (Eds.), *Revisiting the State Monopoly on the Legitimate Use of Force* (pp. 10-18). Geneva Centre for the Democratic Control of Armed Forces. Policy Paper, 24.
- Sluka, J. (Ed.). (2000). *Death Squad: The Anthropology of State Terror*. University of Pennsylvania.
- Spencer, D. (2001). *Colombia’s Paramilitaries: Criminals or Political Force?* Strategic Studies Institute.
- Stanton, J. (2015). Regulating Militias: Governments, Militias, and Civilian Targeting in Civil War. *Journal of Conflict Resolution*, 59, 899–923.
- Starn, O. (1995a). Maoism in the Andes: The Communist Party of Peru-Shining Path and the Refusal of History. *Journal of Latin American Studies*, 27(2), 399-421.
- Starn, O. (1995b) To Revolt against the Revolution: War and Resistance in Peru’s Andes. *Cultural Anthropology*, 10 (4), 547-580.
- Starn, O. (1999) *Nightwatch: The Politics of Protest in the Andes*. Duke.
- Starn, O., Degregori, C. y Kirk, R. (Eds.). (1995). *The Peru Reader: History, Culture, Politics*. Duke.

Stern, S. (Ed.) (1998). *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*. Duke University/University of Wisconsin.

Tapia, C. (1997). *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso: dos estrategias y un final*. IEP.

Theidon, K. (2000). "How We Learned to Kill Our Brother?": Memory, Morality and Reconciliation in Peru. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, 29(3), 539-554.

Theidon, K. (2006). Justice in Transition: The Micropolitics of Reconciliation in Postwar Peru. *Journal of Conflict Resolution*, 50(3), 433-457.

Thorning, R. (2005). Civil Militias: Indonesia and Nigeria in Comparative Perspective. En D. Francis (Ed.), *Civil Militia: Africa's Intractable Security Menace?* (pp.89-116). Ashgate.

Tilly, C, y Tarrow, S. (2007). *Contentious Politics*. Paradigm.

Treistman, J. (2022). Understanding Counterinsurgency. *When Bad States Win: Rethinking Counterinsurgency Strategy* (pp. 30-40). McGill-Queen's.

United States Army. (2007). *Field Manual, 3-24. Counterinsurgency*. Government Printing Office.

Vinci, A. (2005). The Strategic Use of Fear by the Lord's Resistance Army. *Small Wars and Insurgencies*, 16(3), 360-381.

Wilson, I. (2006). Continuity and Change: The Changing Contours of Organized Violence in Post-New Order Indonesia. *Critical Asian Studies*, 38(2), 265-297.

- Yoroms, G. (2005). Militias as a Social Phenomenon: Towards a Theoretical Construction. En D. Francis (Ed.), *Civil Militia: Africa 's Intractable Security Menace?* (pp.31-50). Ashgate.
- Zhukov, Y. (2012). Counterinsurgency in a non-democratic state: the Russian example. En P. Rich e I. Duyvesteyn (Eds.), *The Routledge Handbook of Insurgency and Counterinsurgency* (pp. 286-300). Routledge.

\* \* \*

Recibido: 21 de agosto de 2023  
Aceptado: 18 de marzo de 2024